

palabra, y por la menor cosa, de muchas que hizo, temíamos todos que habia de ser empalado, y así lo temió él mas de una vez; y, si no fuera porque el tiempo no da lugar, yo dijera ahora algo de lo que este soldado hizo, que fuera parte para entreteneros y admiraros harto mejor que con el cuento de mi historia. Digo, pues, que, encima del patio de nuestra prision, caian las ventanas de la casa de un moro rico y principal, las cuales, como de ordinario son las de los moros, mas eran agujeros que ventanas, y aun estas se cubrian con celosías muy espesas y apretadas. Acaeció pues, que un día, estando en un terrado de nuestra prision con otros tres compañeros, haciendo pruebas de saltar con las cadenas, por entretener el tiempo, estando solos (porque todos los demás cristianos habian salido á trabajar), alcé acaso los ojos, y ví que por aquellas cerradas ventanillas que he dicho parecia una caña, y al remate della puesto un lienzo atado, y la caña se estaba blandiendo y moviéndose, casi como si hiciera señas que llegásemos á tomarla. Miramos en ello, y, uno de los que conmigo estaban, fué á ponerse debajo de la caña, por ver si la soltaban ó lo que hacian; pero, así como llegó, alzaron la caña y la movieron á los dos lados, como si dijeran *no* con la cabeza. Volvióse el cristiano, y tornáronla á bajar y hacer los mismos movimientos que primero. Fué otro de mis compañeros, y sucedióle lo mismo que al primero. Finalmente, fué el tercero, y avinole lo que al primero y al segundo. Viendo yo esto, no quise dejar de probar la suerte; y, así como llegué á ponerme debajo de la caña, la dejaron caer, y dió á mis piés dentro del baño. Acudí luego á desatar el lienzo, en el cual ví un nudo, y dentro dél venian diez *cianis*, que son unas monedas de oro bajo que usan los moros, que cada una vale diez reales de los nuestros. Si me holgué con el hallazgo, no hay para qué decirlo; pues fué tanto el contento como la admiracion de pensar de dónde podia venirnos aquel bien, especialmente á mí; pues, las muestras de no haber querido soltar la caña sino á mí, claro decian que á mí se hacia la merced. Tomé mi buen dinero, quebré la caña, volvíme al terradillo, miré la ventana, y ví que por ella salia una muy blanca mano que la abrian y cerraban muy apriesa. Con eso entendimos ó imaginamos, que alguna mujer que en aquella casa vivia nos debia de haber hecho aquel beneficio; y, en señal de que lo agradeciásemos, hicimos *zalemas*, á uso de moros, inclinando la cabeza, doblando el cuerpo, y poniendo los brazos sobre el pecho. De allí á poco sacaron por la misma ventana una pequeña cruz, hecha de cañas, y luego la volvieron á entrar. Esta señal nos confirmó en que alguna cristiana debia de estar cautiva en aquella casa, y era la que el bien nos hacia; pero la blancura de la mano, y las ajorcas que en ella vimos, nos deshizo este pensamiento, puesto que imaginamos que debia de ser cristiana renegada, á quien de ordinario suelen tomar por legítimas mujeres sus mismos amos, y aun lo tienen á ventura, porque las estiman en mas que las de su nacion. En todos nuestros discursos dimos muy lejos de la verdad del caso; y así, todo nuestro entretenimiento, desde allí adelante, era mirar y tener por norte á la ventana

donde nos habia aparecido la estrella de la caña; pero bien se pasaron quince dias en que no la vimos, ni la mano tampoco, ni otra señal alguna; y, aunque en este tiempo procuramos con toda solicitud saber quién en aquella casa vivia, y si habia en ella alguna cristiana renegada, jamás hubo quién nos dijese otra cosa, sino que allí vivia un moro principal y rico, llamado Agimorato, alcaide que habia sido de la Pata, que es oficio entre ellos de mucha calidad; mas, cuando mas descuidados estábamos de que por allí habian de llover mas *cianis*, vimos á deshora parecer la caña, y otro lienzo en ella, con otro nudo mas crecido; y esto fué á tiempo que estaba el baño, como la vez pasada, solo y sin gente. Hicimos la acostumbrada prueba, yendo cada uno primero que yo, de los mismos tres que estábamos; pero á ninguno se rindió la caña sino á mí, porque, en llegando yo, la dejaron caer. Desaté el nudo, y hallé cuarenta escudos de oro españoles, y un papel escrito en arábigo, y, al cabo de lo escrito, hecha una grande cruz. Besé la cruz, tomé los escudos, volvíme al terrado, hicimos todas nuestras *zalemas*, tornó á parecer la mano, hice señas que leeria el papel, cerraron la ventana. Quedamos todos confusos y alegres con lo sucedido; y, como ninguno de nosotros no entendia el arábigo, era grande el deseo que teníamos de entender lo que el papel contenia, y mayor la dificultad de buscar quién lo leyese. En fin, yo me determiné de fiarme de un renegado, natural de Murcia, que se habia dado por grande amigo mio, y puesto prendas entre los dos que le obligaban á guardar el secreto que le encargase; porque suelen algunos renegados, cuando tienen intencion de volverse á tierra de cristianos, traer consigo algunas firmas de cautivos principales en que dan fe, en la forma que pueden, cómo el tal renegado es hombre de bien, y que siempre ha hecho bien á cristianos, y que lleva deseo de huirse en la primera ocasion que se le ofrezca. Algunos hay que procuran estas fees con buena intencion; otros se sirven dellas acaso y de industria, que viniendo á robar á tierra de cristianos, si á dicha se pierden ó los cautivan, sacan sus firmas, y dicen que por aquellos papeles se verá el propósito con que venian, el cual era de quedarse en tierra de cristianos, y que por eso venian en corso con los demás turcos. Con esto, se escapan de aquel primer ímpetu, y se reconcilian con la Iglesia sin que se les haga daño, y, cuando ven la suya, se vuelven á Berbería á ser lo que antes eran. Otros hay que usan destes papeles, y los procuran con buen intento, y se quedan en tierra de cristianos. Pues, uno de los renegados que he dicho, era este amigo, el cual tenia firmas de todas nuestras camaradas, donde le acreditábamos cuanto era posible; y, si los moros le hallaran estos papeles, le quemaran vivo. Supe que sabia muy bien arábigo, y no solamente hablarlo, sino escribirlo; pero, antes que del todo me declarase con él, le dije que me leyese aquel papel, que acaso me habia hallado en un agujero de mi rancho. Abrióle, y estuvo un buen espacio mirándole y construyéndole, murmurando entre los dientes. Preguntéle si lo entendia: dijome que muy bien, y, que si queria que me lo declarase palabra por palabra, que le

diese tinta y pluma, por que mejor lo hiciese. Dímosle luego lo que pedia, y él poco á poco lo fué traduciendo, y, en acabando, dijo: Todo lo que va aquí en romance, sin faltar letra, es lo que contiene este papel morisco; y háse de advertir que, adonde dice *Lela Márien*, quiere decir *Nuestra Señora la Virgen María*. Leimos el papel, y decia así:

« Cuando yo era niña, tenia mi padre una esclava, la cual, en mi lengua, me mostró la *zalá* cristianesca, y me dijo muchas cosas de Lela Márien. La cristiana murió, y yo sé que no fué al fuego, sino con Alá, porque despues la vi dos veces, y me dijo que me fuese á tierra de cristianos, á ver á Lela Márien, que me queria mucho. No sé yo cómo vaya: muchos cristianos he visto por esta ventana, y ninguno me ha parecido caballero sino tú. Yo soy muy hermosa y muchacha, y tengo muchos dineros qué llevar conmigo: mira tú si puedes hacer cómo nos vamos, y serás allá mi marido, si quisieres; y, si no quisieres, no se me dará nada, que Lela Márien me dará con quién me case. Yo escribi esto; mira á quién lo das á leer; no te fies de ningun moro, porque son todos marfuces. Desto tengo mucha pena, que quisiera que no te descubrieras á nadie; porque, si mi padre lo sabe, me echará luego en un pozo, y me cubrirá de piedras. En la caña pondré un hilo; ata allí la respuesta; y, si no tienes quién te escriba arábigo, dimelo por señas, que Lela Márien hará que te entienda. Ella y Alá te guarde, y esa cruz que yo beso muchas veces, que así me lo mandó la cautiva.»

Mirad, señores, si era razon que las razones deste papel nos admirasen y alegrasen; y así, lo uno y lo otro fué de manera, que el renegado entendió que no acaso se habia hallado aquel papel, sino que realmente á alguno de nosotros se habia escrito; y así nos rogó que, si era verdad lo que sospechaba, que nos fiásemos dél, y se lo dijésemos, que él aventuraria su vida por nuestra libertad; y, diciendo esto, sacó del pecho un Crucifijo de metal, y con muchas lágrimas juró, por el Dios que aquella imágen representaba, en quien él, aunque pecador y malo, bien y fielmente creia, de guardarnos lealtad y secreto en todo cuanto quisiésemos descubrirle, porque le parecia, y casi adivinaba, que, por medio de aquella que aquel papel habia escrito, habia él y todos nosotros de tener libertad, y verse él en lo que tanto deseaba, que era reducirse al gremio de la Santa Iglesia su Madre, de quien, como miembro podrido, estaba dividido y apartado por su ignorancia y pecado. Con tantas lágrimas, y con muestras de tanto arrepentimiento dijo esto el renegado, que todos, de un mismo parecer, consentimos y venimos en declararle la verdad del caso, y así, le dimos cuenta de todo sin encubrirle nada. Mostrámosle la ventanilla por donde parecia la caña, y él marcó desde allí la casa, y quedó de tener especial y gran cuidado de informarse quién en ella vivia. Acordamos ansimismo, que seria bien responder al billete de la mora; y, como teniamos quién lo supiese hacer, luego al momento el renegado escribió las razones que yo le fui notando, que puntualmente fueron las que diré, porque, de todos los puntos sustanciales que en este suceso me acontecieron, ninguno se me ha ido de la

memoria, ni aun se me irá en tanto que tuviere vida. En efecto, lo que á la mora se le respondió, fué esto:

« El verdadero Alá te guarde, señora mia, y aquella bendita Márien, que es la verdadera Madre de Dios, y es la que te ha puesto en corazon que te vayas á tierra de cristianos, porque te quiere bien. Ruégale tú que se sirva de darte á entender cómo podrás poner por obra lo que te manda, que ella es tan buena, que si hará. De mi parte, y de la de todos estos cristianos que están conmigo, te ofrezco de hacer por ti todo lo que pudiéremos, hasta morir. No dejes de escribirme y avisarme lo que pensares hacer, que yo te responderé siempre: que el Grande Alá nos ha dado un cristiano cautivo que sabe hablar y escribir tu lengua tan bien como lo verás por este papel. Así que, sin tener miedo, nos puedes avisar de todo lo que quisieres. A lo que dices, que si fueres á tierra de cristianos, que has de ser mi mujer, yo te lo prometo, como buen cristiano: y sabe, que los cristianos cumplen lo que prometen mejor que los moros. Alá y Márien, su Madre, sean en tu guarda, señora mia.»

Escrito y cerrado este papel, aguardé dos dias á que estuviese el baño solo, como solia, y luego salí al paso acostumbrado del terradillo, por ver si la caña parecia, que no tardó mucho en asomar. Así como la ví, aunque no podia ver quién la ponía, mostré el papel como dando á entender que pusiesen el hilo; pero ya venia puesto en la caña, al cual até el papel, y de allí á poco tornó á parecer nuestra estrella con la blanca bandera de paz del atadillo. Dejaronla caer, y alcéla yo, y hallé en el paño, en toda suerte de moneda de plata y de oro, mas de cincuenta escudos, los cuales, cincuenta veces mas doblaron nuestro contento y confirmaron la esperanza de tener libertad. Aquella misma noche volvió nuestro renegado, y nos dijo que habia sabido que en aquella casa vivia el mismo moro que á nosotros nos habian dicho, que se llamaba Agimorato, riquísimo por todo extremo, el cual tenia una sola hija, heredera de toda su hacienda, y que era comun opinion en toda la ciudad ser la mas hermosa mujer de la Berbería, y que muchos de los vireyes que allí venian la habian pedido por mujer, y que ella nunca se habia querido casar, y que tambien supo que tuvo una cristiana cautiva, que ya se habia muerto. Todo lo cual concertaba con lo que venia en el papel. Entramos luego en consejo con el renegado, en qué orden se tendria para sacar á la mora, y venirnos todos á tierra de cristianos, y en fin, se acordó por entonces, que esperásemos al aviso segundo de Zoraida, que así se llamaba la que ahora quiere llamarse María; porque bien vimos que ella, y no otra alguna, era la que habia de dar medio á todas aquellas dificultades. Despues que quedamos en esto, dijo el renegado que no tuviésemos pena, que él perderia la vida, ó nos pondria en libertad. Cuatro dias estuvo el baño con gente, que fué ocasion que cuatro dias tardase en parecer la caña, al cabo de los cuales, en la acostumbrada soledad del baño, pareció con el lienzo tan preñado, que un felicísimo parto prometia. Inclínose á mí la caña y el lienzo; hallé en él otro papel, y cien escudos de oro, sin otra